

ideas primitivas. Entre las que hoy reinan entre los hombres que componen las sociedades más rudimentarias, las hay que sin duda se han recibido por tradición, y que por consiguiente nacieron cuando un estado social superior. Es necesario, pues, distinguir las que son en verdad primitivas, y esta es una tarea que no puede llenar por sí sola la inducción.

El empleo del método inductivo encuentra obstáculos de otra clase, pero no por esto son menos grandes. No se pueden comprender las ideas engendradas en el hombre primitivo por esas relaciones con el mundo que le rodean, sino a condición de mirarlas con los mismos ojos que él. Es necesario poner de un lado todo lo que se ha acumulado en punto a conocimientos, todo lo que la educación ha fijado lentamente en hábitos intelectuales; es necesario deshacerse de concepciones las cuales, de una parte la herencia, y de otra la cultura individual, han impreso el carácter de necesidad, cosa que nadie puede hacer de una manera completa, y que pocos alcanzan aun en parte.

Basta observar los malos métodos que adoptan las gentes encargadas de la educación, para convencerse que, aun entre las gentes instruidas, la facultad de concebir ideas muy diferentes de las suyas es extremadamente flaca. Cuando nosotros vemos que se somete el espíritu del niño a generalidades antes de que posea hechos concretos a que referirlas; cuando vemos que se les hace estudiar las matemáticas en su forma puramente racional, en lugar de adoptar la forma empírica, que es por donde se debería principiar, que es por donde en realidad de verdad principió la especie; cuando vemos que una materia tan abstracta como la gramática se pone al principio de sus estudios, cuando debería colocarse al final, enseñándose aun por el método analítico y no por el sintético, no puede negarse que tenemos más pruebas de las que se necesitan para convencernos de la incapacidad en que estamos de concebir las ideas de espíritus no desarrollados. Y si, pues, es tan difícil a los hombres el repensar las ideas del niño, a pesar de haberlo sido, ¿cuánta mayor no será la dificultad cuando trate de repensar las ideas del salvaje? Es cosa que está por encima de nuestras fuerzas el desembarazarnos de las interpretaciones automórficas. Para mirar las cosas con los ojos de una ignorancia absoluta, y para observar como sus atributos y sus actos se agrupan originariamente en el espíritu, es necesario suprimir la persona, lo que es impracticable.

Sin embargo, hay que hacer cuanto podamos para concebir el mundo ambiente tal cual aparece al hombre primitivo, para hallarnos en estado de interpretar de una manera deductiva y lo mejor posible los hechos que puede utilizar

la inducción. Aun cuando no estemos en situación de llegar a nuestro fin por el método inductivo, podemos acercarnos al mismo por un método indirecto, guiados por la teoría de la evolución en general, y por la doctrina más especial de la evolución intelectual, podemos llegar a trazar los lineamientos principales de las ideas primitivas. Una vez hayamos notado, *a priori*, mediante qué signos podemos reconocer esas ideas, sin duda estaremos bien preparados en lo posible para imaginarlas, y luego para discernirlas en su actual existencia.

Hay que partir para ello del postulado de que las ideas primitivas son naturales, y racionales, dadas las condiciones en que se producen. En nuestra infancia se nos enseña ya que la naturaleza es por todas partes la misma. Eso nos lleva a considerar las creencias de los salvajes como creencias mantenidas por espíritus como el nuestro; y sin embargo, nos maravillamos de su rareza, y estimamos como gente perversa a todos sus adyacentes. Es necesario repeler esta idea errónea, y reemplazarla con el principio de que las leyes del pensamiento son por todas partes las mismas, y que, admitido que el hombre primitivo conozca los datos de sus conclusiones, que las consecuencias que de las mismas saca son racionales.

Del grado más inferior al más superior, la inteligencia procede por clasificación de objetos y de relaciones: en realidad, dos aspectos diferentes del mismo principio.—Véanse los *Principios de Psicología*, párrafos 309 al 316, y el párrafo 381.—De un lado la percepción de un objeto supone que el espíritu clasifica cada uno de los atributos de ese objeto con los atributos semejantes ya de antes conocidos; mientras que el objeto mismo, del momento que es conocido, está clasificado con los objetos semejantes. De otro lado, cada paso que se da en el razonamiento supone que el objeto del que se afirma alguna cosa, está clasificado con los objetos del mismo género igualmente de antes conocidos; supone que el atributo, la facultad, los actos objeto de la proposición, están clasificados en tanto que semejantes con otros atributos, facultades, actos, también de antemano conocidos; en fin, supone que la relación entre el objeto y el atributo, la facultad y el acto afirmados, están clasificados con las relaciones semejantes de antemano conocidas. La asimilación de estados de conciencia de todos órdenes con los estados semejantes de la experiencia pasada, que es la operación intelectual universal, animal en tanto es humana, produce resultados cuya rectitud depende de la facultad que posee el hombre de apreciar las semejanzas y las desemejanzas. Cuando se unen términos simples por medio de relaciones simples, directas, estrechas, los espíritus simples pueden efectuar



correctamente su clasificación. Faltos de esta complejidad del espíritu, los términos de las relaciones se agrupan con aquellos cuya semejanza es parecida, y las relaciones se agrupan de la misma manera. Pero esos agrupamientos dan lugar á errores, puesto que los rasgos más aparentes no son siempre los que establecen la semejanza de una cosa con otra, ni los rasgos más aparentes de las relaciones son siempre los más esenciales.

Obsérvense los grandes errores que de ello resultan en nuestros semejantes desprovistos de instrucción, y pasemos luego á los errores todavía mucho mayores que cometen los salvajes, todavía más ignorantes, y cuyas facultades aun son ménos perfeccionadas. En las antiguas obras de historia natural se llamaba peces á las ballenas; esos animales viven en el agua, tienen una conformación pisciforme, ¿qué otra cosa pueden ser más que peces? De seguro que si se dijera á nueve de diez pasajeros de primera clase, y á noventa y nueve de ciento de segunda, que los marsuinos que juegan alrededor del buque en que están embarcados, les parecen más al perro que no al bacalao, no volverían en sí de su sorpresa. En primer lugar se supone que hay entre esos animales y los peces un parentesco, por cuanto viven en el agua, y en segundo lugar el pescadero, bajo el nombre de marisco lo mismo comprende las ostras que los cangrejos, dos géneros de animales más distantes el uno del otro que lo están la anguila y el hombre, pero que se parecen por estar su parte blanda encerrada dentro de una dura coraza.

Cuando se recuerdan esos errores, en que incurre el común de las gentes por lo mismo que hacen sus clasificaciones conforme á los caracteres visibles, se nota en seguida que los errores en que los hombres incivilizados caen por igual motivo son muy naturales. Hayes no podía dar á entender á los Esquimales que un vestido de lana no es una piel. Los Esquimales, dice, «tomaban el vidrio por hielo, y la galleta por carne desecada de buey muscada.» Teniendo un tan corto conocimiento de las cosas que se les enseñan, dicho se está que su agrupamiento, tal como lo hacen, es para ellos de todo punto racional, como lo son los ejemplos que acabamos de citar. Si de la clasificación errónea hecha por el Esquimal, llega á la errónea conclusión de que el vidrio ha de fundirse en su boca como el hielo, confiésese que no está más lejos de la verdad de lo que lo está el viajero que pone á los marsuinos entre los peces, á pesar de que en lugar de encontrar los caracteres propios del pez, se encuentra con un animal de sangre caliente, y con pulmones para respirar. Recuérdese además, que los Fijenses, por lo mismo que no conocen los metales, no cometían un desatino cuando preguntaban á Jackson «cómo podían procurarse achas tan

duras en un *pais natural*, para cortar árboles de los que se hacían los cañones del fusil.» En efecto, ¿no eran los bastones para ellos los únicos objetos que tenían para comparar con los cañones de los fusiles? Añadamos otro ejemplo. Los Indios de ciertas tribus montañosas con quienes estaba en relaciones el doctor Hooker, al verle extender por el suelo la cinta de una caja de resorte de que se servía para tomar medidas, y luego enroscarla de nuevo sin tocarla, echaron á correr despavoridos, lanzando agudos gritos, y claro está que todo ello fué por considerar la cinta, á causa del movimiento que al parecer ejecutaba espontáneamente, como un sér vivo, y á causa de su forma y movimientos tortuosos, de seguro que con una serpiente. Ignorando los artificios de la mecánica, y no viendo el resorte colocado en el interior de la caja, su creencia era de todo punto natural; toda otra cosa si que hubiera sido irracional.

Pasemos ahora de la clasificación de los objetos á la clasificación de las relaciones.

Para facilitar nuestra tarea, analizaremos también algunos errores acreditados entre nosotros. Cuando se quiere recomendar un remedio contra una quemadura, se dice vulgarmente «que saca el fuego á fuera,» lo que implica que hay entre el remedio aplicado y el calor que se supone depositado en los tejidos una relación semejante á la que existe entre dos objetos de los que el uno tira del otro con fuerza. Otro ejemplo. Después de una helada, cuando el aire saturado de vapor de agua se pone en contacto con una superficie lisa fría, por ejemplo, un muro pintado, la agua que no se condensa se reúne para formar gotas y desciende chorreando; entonces se dice vulgarmente que «el muro sudá.» De que el agua, que no se vé llegar de fuera, aparezca en el muro como la perspiración de la piel, se supone que realmente es así. En ese como en los otros casos, vemos clasificar una relación con otra que solo se le parece superficialmente, pero á la cual es de todo punto extraña. Si recordando estos hechos, pensamos en lo que ha de pasar cuando la ignorancia es todavía mayor, no nos sorprenderán ni en poco ni en mucho las explicaciones primitivas. Los Indios del Orinoco dicen que el rocío es escupido por las estrellas. Observad el génesis de esta creencia.

El rocío es un líquido limpio con el que tiene cierta semejanza la saliva; es un líquido que, por su posición sobre las hojas, parece que desciende de lo alto, de la misma manera que desciende la saliva de la boca del que escupe. Puesto que baja en una noche sin nubes, es necesario que venga de las únicas cosas visibles que están sobre nuestras cabezas, á saber, de las estrellas. Así el mismo producto, el rocío, y la relación que le une á su supuesta fuente, resultan



respectivamente asimilados con los objetos y las relaciones que se les parecen por los caracteres aparentes; en fin, no tenemos más que recordar la expresión generalmente usada en Inglaterra: *It spits with rain* (escupe la lluvia), para ver hasta qué punto es natural esta interpretación.

Otro carácter de las concepciones del salvaje se llega á comprender sin dificultad alguna desde el momento que se nota lo que sucede cuando se consideran los objetos y relaciones complejas como si fueran simples. Solo á medida de los progresos del conocimiento, y cuando se principia á observar voluntariamente con crítica, se nota por la primera vez que el poder que un agente tiene de producir su efecto particular, puede depender de una propiedad con exclusion de las otras, ó bien no depender de propiedad alguna en particular sino de la combinacion de todas. No se puede saber cuál es entre las propiedades de un todo complejo la que le dá su eficacia, sino despues de haber hecho el análisis algunos progresos; pero hasta entonces se cree necesariamente que sostiene que la eficacia pertenece indistintamente al todo. Además, cuando un objeto no ha sido analizado, se cree que sostiene, con un cierto efecto que tampoco lo ha sido, una relación que se halla en el mismo caso. Ese carácter del pensamiento primitivo es tan importante, como que es uno de los que entran principalmente en la determinacion de los objetos: por esto lo analizaremos por separado.

Simolicemos los diversos atributos de un objeto, por ejemplo, de una concha marítima, por A, B, C, D, E, etc., y las relaciones de esos atributos por *v*, *x*, *y*, *z*. La propiedad que posee ese objeto de producir el efecto particular de concentrar los sonidos en el oído, se debe en parte al pulido de su superficie interna que llamaremos *c*, y en parte á las relaciones existentes entre las partes de esta superficie, que constituyen su forma que llamaremos *y*. Ahora bien, para que se pueda comprender que esta disposicion es la causa de la propiedad que tiene la concha de concentrar el sonido, es necesario que se separe en el pensamiento *c* é *y* de los demás atributos. Hasta aquí no se puede saber si la propiedad de multiplicar el sonido que tiene la concha no depende de su color, ó de su dureza, ó de las rugosidades de su superficie, en cuanto se puedan pensar esas cualidades por separado en tanto que atributos. Evidentemente, antes de haber distinguido los atributos unos de otros, no se puede conocer esta propiedad de la concha más que como propia suya en general, como residiendo en ella concebida como un todo. Pero, como ya lo hemos visto más arriba, los atributos ó propiedades, tal como nosotros los comprendemos, no puede reconocerlos un salvaje; son abstracciones que sus facultades no pueden abarcar,

ni tampoco su lenguaje expresar. Así, pues, es de toda necesidad que él asocie esa propiedad particular á la concha tomada en masa, y la mire como sosteniendo con ésta la misma relación que el peso con la piedra, concibiéndolo como inherente á todas y á cada una de las partes de la concha.

De aquí ciertas creencias que se encuentran por todos lados entre los salvajes. Una propiedad especial que un objeto ó una parte de un objeto manifiesta pertenece á ese objeto, de tal modo que uno puede apropiársela consumiendo el objeto ó esa parte, ó bien apoderándose de la misma. Por ejemplo, se cree que se adquiere la fuerza de un enemigo vencido devorándolo: el Dacostah come el corazón de un enemigo muerto para aumentar su propio valor; el salvaje de Nueva Zelanda engulle los ojos de su enemigo para aumentar el alcance de su propia vista, el Abispon come la carne del tigre, creyendo con ello darse la fuerza y el valor de dicho animal. Encuéntrase en las creencias de los Guaranis un rasgo análogo: por ejemplo, las mujeres embarazadas se abstienen de comer carne de Antas, de miedo que sus hijos no nazcan con una nariz grande, ni de pajarillos, por miedo de que su hijo no nazca demasiado pequeño. Todavía se encuentra en las creencias en virtud de las cuales los Caribes rocian un niño varon con sangre de su padre para darle su valor, y también entre los Timmanayos y Bullones, que sostienen que la posesion del cuerpo de una persona feliz «les dá una parte de su dicha.» Claro está, que el modo de pensar que revelan esas creencias, que hasta se muestra en las prescripciones medicales del pasado, y que se ha perpetuado hasta nuestros días en la creencia de que el niño mama con la leche de su madre su carácter, es un modo de pensar que necesariamente persiste en tanto que el análisis no descubre la naturaleza completa de las relaciones causales.

Mientras, pues, el espíritu no se forma concepcion alguna de las relaciones físicas, ó no se la forma sino de una manera vaga, un antecedente cualquiera puede servir para explicar un consecuente cualquiera. Preguntad al cantero qué piensa de los fósiles que su pico descubre, y os dirá que son «rarezas de la naturaleza:» la tendencia que lleva su espíritu á pasar de la existencia de los fósiles, en tanto que efecto, á un agente que le produce, está satisfecha, y su curiosidad cesa. El plomero á quien se pregunta por la razón de los efectos de una bomba de cuya conservacion cuida, dice que la agua se levanta porque la bomba la chupa. Es decir, que relaciona el juego de la bomba con el que él puede producir aplicando la acción de los músculos de su boca á un tubo, y lo dice con toda conviccion; así jamás se ha preguntado qué clase de fuerza es la que hace subir el agua á su boca cuando pone en acción sus fuerzas muscula-